

La filosofía en México: La década de los noventa

Ahora que el siglo agoniza y que las perspectivas de lo nuevo, de lo renovador, del cambio indispensable atropellan nuestro presente sin permitir que concluya el último decenio del siglo XX, conviene reflexionar sobre lo ocurrido en la filosofía mexicana y tratar de vislumbrar cual será su suerte en la próxima década de los noventa.

La filosofía llegó a México con los complejos signos de la cultura española del siglo XV. Una cultura renacentista con la enorme fuerza de los siglos de oro que produjeron uno de los momentos más altos de toda la creación literaria universal. El crecimiento y la maduración de la lengua castellana fueron como el signo premonitorio del encuentro con América. Pero la filosofía que vino después a México y en general al continente americano fue anacrónica. La Contrarreforma hizo que fuese aún más penosa la situación que volvió la espalda a los grandes sistemas del siglo XVII privándonos del conocimiento de Descartes, Bacon y Spinoza. América fue la consecuencia más destacada del Renacimiento pero nació caminando hacia atrás en el sendero superado de la filosofía escolástica. Este pensamiento nos separó del racionalismo, el experimentalismo y los seguros de las filosofías de corte empirista, dejándonos en un punto muerto de difícil recuperación; pero fue una filosofía auténtica y funcional en tanto que fue el pensamiento que justificó la dominación y la conquista. Salazar Bondy con razón afirma:

«Los temas americanos no dejaron de hacerse presentes como elemento nuevo en la inquietud teórica, hay un rico acervo de meditaciones filosófico-teológicas en torno a la humanidad del indio, el derecho de hacer la guerra a los aborígenes y el justo título para dominar América, que es lo más valioso del pensamiento de los siglos XVI y XVII. Gracias a él la

escolástica alcanza por momentos un tono vivo y creador, justamente en la medida en que toca la problemática de la existencia en el orbe recién conquistado y en proceso de colonización»(1).

Durante el largo sueño colonial las obras de Benito Jerónimo Feijoo, Jovellanos, Villarreal y otros ingenios ilustrados de España se difundieron ampliamente en el siglo XVIII preparando el camino de la independencia. El romanticismo llegó con las luchas secesionistas del siglo XIX y otros pensamientos se hicieron presentes. Pero fue la filosofía positivista de Augusto Comte y Herbert Spencer la que con mayor fuerza contribuyó al desarrollo de un pensamiento progresista en México. No obstante las limitaciones propias de esta filosofía se levantó como el pensamiento indispensable para que México buscara los fundamentos de un derecho, de una educación y una ciencia republicanas y además luchara contra la fuerza de la iglesia que era el árbitro supremo de la vida política y factor de poder de la gran oligarquía utilizado contra los intereses de las clases populares.

La nueva filosofía del siglo XX en México parte de la crítica de la filosofía positivista que se había arraigado a partir de las leyes de reforma de Benito Juárez y de la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria llevada a cabo por el incansable Gabino Barreda, conocedor del pensamiento de Comte con quien había trabado amistad en la capital francesa. Justo Sierra, divulgador del pensamiento evolucionista de Spencer y cabeza visible de la corriente positivista ofrecía en nombre de los ideólogos de esta tendencia en cada nuevo periodo reelección presidencial al «tirano honrado», general Porfirio Díaz y éste a su turno dejaba la dirección de la educación en manos de los sabios positivistas y las finanzas públicas en las de la burguesía ascendente. No obstante, para la última reelección, Sierra no propuso el nombre del general Díaz, sino que abrió el debate crítico contra el gobierno y desde su propio seno, era secretario de Instrucción Pública, inició la

lucha

Al atacar al positivismo, filosofía oficial desde la época de la Reforma, el Ateneo, asumía una postura contra el gobierno pero ésta no coincidía con los fines populares del movimiento surgido en 1910, ni con los intereses de la revolución política que encabezaba Francisco I. Madero, ni mucho menos con los de la revolución social que acaudillaba Emiliano Zapata y los movimientos agraristas. Por otra parte, no todos los miembros del Ateneo estuvieron contra el régimen de Porfirio Díaz, basta recordar la actitud de Antonio Caso.

Los miembros del Ateneo volvieron a introducir la religiosidad puesta en entredicho por los positivistas, reelaborando con las obras de Bergson, Boutroux y otros, nuevas formas de catolicismo que presentaban como algo en apariencia renovado. Cabe anotar que sus críticas contra el positivismo no desbordaron el medio reducido del círculo académico y no lograron afectar la conciencia general de la nación, ni menos aún, influir en las instituciones políticas, no obstante que José Vasconcelos llegó a desempeñar la Secretaría de Educación Pública y que siempre identificó al positivismo con el imperialismo norteamericano. Esta lucha se libró en el terreno estrictamente universitario y muchas formas del viejo positivismo reaparecieron como fundamento importante en los mismos revolucionarios que ocuparon puestos destacados en los gobiernos que surgieron después de 1910 (2).

La crítica contra las tendencias positivistas hecha por José Vasconcelos no atendía a circunstancias históricas reales de México, sino que recaía sobre el carácter racionalista y sobre el proyectado modelo de ciencia, que por lo demás no se había desarrollado en México, para resaltar la importancia de un irracionalismo sentimental estético que no implicaba un paso adelante y que más bien actualizaba las tesis del uruguayo José Enrique Rodó. El irracionalismo de Vasconcelos llegó a México cuando en el viejo continente, como dice Lukacs «este irracionalismo fue considerado como insuficiente por parte de

la extrema reacción, ya antes de la primera Guerra Mundial, como lo demuestra la oposición de derecha contra Croce por parte de Papini y otros» (3).

La gran personalidad filosófica del Ateneo de la Juventud fue Antonio Caso. Reyes, profundamente preocupado por las culturas clásicas, notó temas de filosofías tangencialmente y más bien desde la literatura en la que fue un gran maestro. La obra de Caso sí dejó huella en la formación del pensamiento mexicano del siglo XX, no solo por su ininterrumpida labor de muchos años en la Escuela de Filosofía de la Universidad de México, que él mismo fundó, sino por sus múltiples publicaciones, conferencias y artículos sobre las más diversas cuestiones. A veces se escucha el reproche contra el fundador de la Escuela de Filosofía de su eclecticismo pero éste sirvió grandemente en un ambiente en donde eran desconocidas las corrientes de los pensadores clásicos y contemporáneos. Además, Caso, presentía la necesidad de hacer una filosofía desde las condiciones específicas de México; fue a partir de estas reflexiones como se desarrolló el pensamiento de las nuevas generaciones. A Caso, le cupo, entonces, el mérito de darle paso a una posible filosofía latinoamericana, aunque Justo Sierra un poco antes, consideraba la necesidad de una filosofía de lo mexicano, y Vasconcelos, propusiera el frustrado proyecto de filosofía latinoamericana.

La nueva filosofía mexicana surgió en la década de los veinte con la generación de los «Contemporáneos» llamada así porque se agrupó en torno de la revista del mismo nombre publicada entre 1928-31 a la cabeza de la cual brillaba el talento filosófico de Samuel Ramos. Fue una generación que dedicó más tiempo a los quehaceres literarios donde alcanzó importantes producciones. Surgió con espíritu universal en oposición al desmedido mexicanismo secuela de la Revolución de 1910, aunque Samuel Ramos en *El perfil del hombre y la cultura en México* se haya podido a cercar a lo auténticamente mexicano marcando un sendero para la investigación que ha tenido importantes logros.

No fue ajeno, Ramos, a la concepción historicista de Dilthey ni a la filosofía perspectivista de Ortega.

La filosofía por esos años se enriqueció notablemente con la difusión del pensamiento alemán hecho principalmente por José Ortega y Gasset desde la «Revista de Occidente». Dilthey, Max Scheller y Nicolai Hartmann traían un punto nuevo para la discusión filosófica. Por otro lado Antonio Caso difundió el pensamiento de Husserl desde su cátedra de la Universidad de México y dió a conocer el pensamiento perspectivista de la filosofía raciovitalista de Ortega y Gasset, que refrescaron saludablemente la atmósfera filosófica de México hasta entonces limitada al pensamiento francés.

La generación de transterrados españoles que llegó a México en 1938 reforzó los estudios filosóficos dando les principalmente mucho rigor y profesionalismo. A partir de sus enseñanzas se proyectó en México una comunidad filosófica bien preparada y con suficientes instrumentos metódicos. Numerosa y bien formada fue la generación española que se estableció en México a raíz de la guerra civil. Eran discípulos de Ortega y en menor grado de Miguel de Unamuno y se habían formado con la influencia del pensamiento alemán y principalmente con el influjo del krausismo que llevó a España Julian Sáenz del Río y divulgó ejemplarmente la acción pedagógica de don Francisco Giner de los Ríos. Entre la brillante nómina de pensadores que vinieron a México debemos destacar a Joaquín Xirau, José Gaos, Juan David García Vacca, Eugenio Imaz, José Medina Echeverría, Luis Recaséns Siches, Juan Roura Parella y Eduardo Nicol. Los maestros mejor dotados eran Joaquín Xirau, desaparecido prematuramente y José Gaos que dejó una profunda huella en los filósofos que formó al dedicar su vida dedicada a la enseñanza. A Gaos le cupo el honor de fundar una filosofía en México que ya no era ejercicio de aficionados sino de profesionales calificados. Sin embargo, el excesivo rigor que inculcó a sus discípulos frustró algunos talentos que espantados dejaron la pluma por-

que el culto a la precisión se transformó en inseguridad. Era el elevado precio que exigía un verdadero profesionalismo.

Se podría decir que la filosofía mexicana del siglo XX, la generación del Ateneo se desarrolló desde el centenario hasta 1925, y que la siguiente de Samuel Ramos lo hizo hasta 1940. De ahí en adelante surgieron una gran diversidad de tendencias y en ocasiones los pensadores fueron estrellas solitarias que sin embargo obtuvieron reconocimiento académico de la universidad donde impartieron sus cursos. Desde esta misma época se desarrolla el interés por los estudios marxistas en México. Vicente Lombardo Toledano publica algunos trabajos y tiene una polémica con Antonio Caso en 1933, en la cual tardíamente participó el mismo Ramos, cuando hizo una crítica de la educación socialista en México.

Este largo trayecto recorrido por la filosofía hace que ella haya madurado; en México hay un grupo de filósofos bien informados con una alta preparación académica y con publicaciones que han merecido la atención de auditorios extranjeros. Los filósofos mexicanos participan en condiciones favorables en congresos y simposios internacionales y solamente hace falta un mayor estímulo por parte de las universidades, centros de investigación y autoridades educativas para que su labor

pueda descollar más.

En la actualidad en la universidad mexicana se afirman muchas corrientes y tendencias. Se destacan entre ellas la filosofía latinoamericana; la filosofía analítica; la corriente marxista y el estudio de la obra de Jürgen Habermas. Este cuadro de preferencias indicado por los cursos que se imparten en la universidad mexicana no deja de ser, por lo demás, bastante parecido al de otros países del continente. El interés por la obra de Heidegger sigue siendo constante lo mismo que por algunos aspectos del existencialismo de Jean Paul Sartre. Sin embargo, esta gran diversidad de tendencias le imprime a la

filosofía mexicana un aire de universidad, pero a su turno, señala con dramatismo la ausencia de un interés común, de un método más o menos uniforme, de un sentido específico en la filosofía. Aunque existen autores muy significativos en México la tendencia continua siendo la de la afirmación en la simple enseñanza. México no es país de grandes autores sino de magistrales profesores. Esto ha traído como consecuencia que la labor de los profesores no sea insistentemente investigativa sino más bien de carácter divulgativo. Y este fenómeno no es ajeno a que en México, como en el resto de latinoamérica, no exista una auténtica filosofía, sino más bien una explicación y justificación de corrientes que han surgido en Europa por el impulso y la fuerza de situaciones muy concretas, pero ajenas a nosotros. Ha sido constante de la filosofía en México seguir muy de cerca los trabajos e investigaciones puestas por el pensamiento europeo donde por razones histórico sociales se generan movimientos a partir de surcos muy profundos dibujados en las raíces mismas de la sociedad. Sobre este punto Gaos, Ramos y toda una constelación de pensadores se han ocupado. Es como una fatalidad histórica que no puede ser soslayada. Sin embargo, la reflexión insistente sobre este problema indica algunas soluciones que en una u otra forma se están teniendo cuenta. Sabemos que somos dependientes de fuerzas económicas y políticas exteriores a nosotros y que la filosofía no ha encontrado su camino propio por esta dependencia. Pero el hecho de hacer consciencia sobre el problema nos coloca en el camino de su solución. Los grandes acontecimientos que están estremeciendo al mundo nos abren una brecha de esperanza. El hecho de que en la Unión Soviética se conquiste una auténtica democracia socialista que recupere el pensamiento libertario de Carlos Marx, extraviado en el oscuro pasaje de Stalin y Breznev, nos abre grandes posibilidades. Nos movemos bajo el signo de la búsqueda de una pluralidad política y una activa participación de las masas en la conducción real de la sociedad. En México, como en Moscú, Budapest, Praga o Santiago se lucha por alcanzar auténticos estadios de afirmación democrática. La

liber-tad paulatinamente conquistada en la UniónSoviética ha sido la condición de la liberación política de los estados del oriente europeo. Es cierto que el deshielo de la perestroika no pasa por los Estados Unidos como nos lo demuestra la política económica de esa nación hacia los productos latinoamericanos y la brutal agresión contra el pueblo de Panamá, pero la distensión intemacional y el buen juicio de la política soviética, nos permitiran gradualmente ir conquistando la libertad y soberanía que no hemos gozado. Los Estados Unidos no pueden continuar ejerciendo una política hacíasus vecinosdel sur irracional y reñida con los más elementales principios de la moral política y del derecho internacional. Sin embargo, no podemos esperar que la justicia nos llegue por el oleáje democratico que estremece al mundo, sino que tenemos que luchar y conquistar nuestra soberanía e independendencia nacional. Quando lo anterior ocurra podremos esperar un gran florecimiento filosófico de todas las tendencias que se agitan en México. Inclusive el marxismo podrá dar frutos de benedición no conocidos por la enajenación de la guerra fría, la pausa de la posguerra y la adulteración del socialismo. Pese a las virtudes y limitaciones que hemos señalado la filosofía mexicana cuenta con una buena estructura para desarrollarse con fuerza y creatividad durante la década de los noventa. Su labor deberá continuar siendo, como hasta la fecha, conciencia lucida de nuestro desenvolvimien- to historico y crítica severade nuestro ser social. La filosofía es saber, crítica y actuación y su presencia es indispensable para el encuentro de nosotros mismos y de los grandes valores de nuestra cultura.

Juan Mora Rubio

(1) Salagar Bondy Augusto, *Sentido y problema del pensamiento filosofico hispano-americano*, «Dialectica, UAP, Puebla», no.9, diciembre de 1980. contra el positivismo que era el pensamiento oficial de la dictadura porfirista. Sin embargo, exiscían antecedentes como la revista *Savia Moderna* fundada

por Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledon en 1906 en la que el primero inició la crítica de la filosofía positivista. Mas tarde, el 28 de octubre de 1909 se fundó el Ateneo de la Juventud, cuyo primer presidente fue Antonio Caso, esta famosa asociación agrupó a muchos escritores, artistas y en general intelectuales en torno a la figura del dominicano Pedro Enríquez Ureña, que con paciente actitud socrática, se dió a la tarea de enseñar a toda una generación joven las nuevas corrientes de la filosofía europea. El Ateneo de la Juventud consolidó su existencia y definió su actitud contra la filosofía positiva en una serie de seis conferencias que en 1910 fueron pronunciadas por los más destacados miembros de la organización. La última correspondió a José Vasconcelos con el título de *Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas* en la que no solamente criticó al positivismo sino que de paso planteó su proyecto filosófico del esteticismo anti-racionalista.

(2) Cordova Arnaldo, «*La filosofía de la revolución mexicana*» en *La filosofía actual en América Latina*, Ed. Grijalbo, 1976, p. 45.

(3) Lukacs Georg, *El asalto a la razón*, FCE, México, 1959, p. 17.

Da "Spiragli", anno II, n.4, 1990, pagg. 17-23